

En nombre del amor. Salidas del closet de varones gays

Maximiliano Marentes*

En este trabajo reflexiono sobre la dimensión afectiva en las salidas del closet de varones gays. Mi objeto de estudio es el amor en varones gays, y para entender cómo se experimenta el amor realmente existente me centro en historias de amor. Recupero situaciones en las que el amor vehiculizó y sirvió como prueba para contar la sexualidad. Una historia muestra el carácter pragmático que tiene salir del closet estando en pareja. La segunda enfatiza cómo la reactualización de la situación amorosa fue dejando pruebas en el proceso de coming out. En la última, el sufrimiento amoroso de un amor que no fue llevó a una crisis profunda que derivó en salir del closet. Se concluye con cómo los estudios de salidas del closet ganan cuando analizan el lugar del amor en dichos procesos.

PALABRAS CLAVE: Gay - amor - coming out - narrativas.

In this paper I reflect about the affective part of young gay's coming out narratives. Because of my examination in love among gay men, I focus on love stories in order to study how really existing love is experienced. I analysis situations in which love has served as a proof to speak out sexual orientation. One story shows how having a boyfriend results pragmatic to come out. The second story emphasize how the uploading of loving situation leaves clues. In the last one, loving sorrow conclude in a deep crisis that derives in the coming out. As a conclusion, I point how coming out's studies gain in complexity when focus on the way love is taking part in those process.

KEYWORDS: Gay - love - coming out - narratives.

Introducción: salir del closet en nombre del amor

Cuando pregunto cómo se enteró su familia que eran gays, los varones que entrevisté relatan fragmentos disimiles. En muchas historias de salida del closet de varones gays emerge un punto que otras investigaciones sobre narrativas del **coming out** obviaron: la centralidad que adquirió el amor en el momento de hacer pública su orientación sexual y contársela a familiares y amistades. Para la investigación doctoral entrevisté a treinta varones de entre veintitrés y treintaiocho años, que viven en el Área Metropolitana de Buenos Aires, centrándome en sus historias amorosas. El objetivo es desentrañar los sentidos del amor gay a partir de sus experiencias y prácticas.

Analizo, en la tesis, las especificidades del amor gay y cómo, en función de ellas, ese amor adquiere ribetes y sentidos. Discuto con la idea de que el amor es uno solo para, en cambio, entenderlo

en su puesta en práctica en momentos y situaciones concretas. Como muchas veces esa asunción suele darse en el marco de una relación de pareja consolidada, noviazgo, enamoramiento o desilusión amorosa, el foco radica en el modo en que el amor se vincula con la salida del closet. A partir de sus narrativas, el objetivo de este trabajo es detenerme en las salidas del closet en que el amor fue protagonista. Tres historias estructuran este trabajo, en las que problematizo el carácter pragmático del noviazgo para salir del closet, el largo y zigzagueante proceso de esa asunción a partir de pruebas que va dejando el amor y cómo el sufrimiento amoroso facilita el **coming out**. Antes, son necesarias aclaraciones teóricas y metodológicas.

Amor gay a partir de historias: el cruce entre teoría y metodología

El eje de la investigación son los sentidos de las prácticas amorosas de varones gays a partir de historias concretas. Esta

* IDAES–UNSAM/IIGG–FSOC–UBA/CONICET

Contacto: maximiliano.marentes@hotmail.com

frase resume la propuesta teórica y metodológica. Primero, propongo un análisis del amor desde un enfoque sociológico. Como reconocen García Andrade y Sabido Ramos (2014) y Jónasdóttir (2014), los análisis sociológicos del amor romántico se preguntan por su imbricación con el proyecto moderno occidental¹. Así, se enfatiza su vinculación con la consolidación de la modernidad —y su ulterior fase de modernidad tardía— y el proyecto de individuación (Bauman, 2013; Beck y Beck-Gernsheim, 2001; Giddens, 2004; Illouz, 2009, 2012; Luhman, 2008)². La mayoría fueron aportes de carácter teórico.

Las investigaciones de corte empírico, en cambio, focalizaron en las representaciones del amor (Esteban 2011; Esteban y Távora, 2008; Illouz, 2009, 2012; Swidler, 2001). Esteban (2011) analiza los mecanismos sobre los cuales descansa el amor para garantizar la explotación femenina. Illouz (2009) se interesa por cómo la cultura de masas y los medios de comunicación homogeneizaron una utopía romántica que genera deflaciones cuando se la compara con la experiencia personal. En otro trabajo, Illouz (2012) explica la gran transformación del mercado matrimonial a un mercado amoroso³, erótico y sexual, en el que las mujeres sufren más. Swidler (2001) analiza, desde otro enfoque de sociología cultural, cómo las personas hablan del amor, centrándose en la apropiación de distintos repertorios culturales.

Si bien las representaciones sobre el amor constituyen una piedra fundamental para entender cómo se lo experimenta, no agotan los sentidos que las personas dan a sus prácticas amorosas. En un trabajo exploratorio comprendí que lo romántico no se relacionaba solamente con una mercantilización del amor, sino con prácticas concretas. Por ejemplo, uno me contó que un momento romántico con su novio fue mientras cenaban un bife de chorizo que, al darse cuenta de que no lo terminarían, sin mediar palabra alguna, se volvieron vegetarianos.

Para un análisis como el propuesto, que intenta recuperar los sentidos de las experiencias amorosas de varones gays, es necesario complementar las representaciones. El desafío radica en cómo ver, sociológicamente, las prácticas amorosas. Como respuesta, analizo las historias de amor concretas, donde emergen situaciones y escenas puntuales que actualizan los sentidos del amor. Por lo tanto, la historia de amor, como dispositivo analítico —teórico, metodológico y estrategia de escritura— sorteaa aquel inconveniente.

Las historias, con sus situaciones y escenas puntuales, permite entender las condiciones de posibilidad del amor. A partir de conversar con treinta varones gays de entre veintitrés

y treintaiocho años que viven en el Área Metropolitana de Buenos Aires, comprendí que el amor no puede ser estudiado como una dimensión escindida del resto de las condiciones de vida. En tanto se pone en acto en un contexto específico determinado por condiciones sociales, económicas, políticas y culturales, el amor se entrelaza con otros aspectos de la vida. Así, por ejemplo, uno de estos varones consiguió trabajo por haber estado de novio con otro varón y en ese mismo trabajo luego conoció a quien fue su siguiente novio; otro tuvo su gran crisis de pareja cuando perdieron sus trabajos. Si bien el objetivo es centrarme en los sentidos del amor, las historias evitan el peligro de autonomizar este fenómeno.

¿Qué hay de específico en el amor gay? Nada si lo pensamos, ontológicamente, como una sustancia. Si, en cambio, el eje recae en las condiciones de posibilidad de ese amor entre varones en un escenario en el que la heterosexualidad sigue siendo la norma que regula las relaciones erótico-afectivas (Pecheny, 2008), emergen las especificidades. Entre ellas, al contar públicamente la orientación sexual a familiares y amigos (que las personas heterosexuales no suelen hacer, pues se presume su interés hacia personas del sexo opuesto), el amor juega un rol central.

Pienso a la salida del closet como un proceso (Davies, 1992) y no como momento único, focalizando en la comunicación de la orientación sexual a otras personas más que una asunción interna. Sívori (2004) distingue entre *asumirse* y *coming out*, al comprender al primero como un proceso por el cual se comenta a las personas allegadas que se es gay más que asumir públicamente una identidad política al servicio de la transformación social. Para Sívori esta distinción cobra sentido porque las sociedades latinoamericanas son herederas de la tradición mediterránea, en la que la separación entre público y privado es más difusa que en el modelo anglosajón. Plummer (1995) considera al *coming out* como una de las narrativas sexuales más importantes de final de siglo veinte, pero poco dice el lugar que ocupa el amor en ellas. Aunque en su esquema el amor podría ser una epifanía, considero que no necesariamente es así, ya que luego de esa asunción no siempre emerge un nuevo yo. Más allá de sus diferencias, empleo *asumirse*, *coming out* y *salida del closet* como sinónimos.

Son necesarias, para entender la salida del closet y las especificidades del amor gay, detalladas descripciones. Como sugiere Bazin (2017), la descripción es la herramienta analítica para comprender, sin forzadas interpretaciones, sentidos y lógicas que tienen las acciones para las personas. Desplegar fragmentos de estas historias concretas hace justicia a lo que me fue dicho y también le devuelve carácter humano al amor. Considero a quienes *entrevisto* personas, que lloraron y rieron por amor y vivieron experiencias complejas y disímiles, reunidas en mi investigación a partir de momentos puntuales: sus historias amorosas. Comencemos por la salida del closet de Darío.

1 Lindholm (2007) discute su carácter occidental para indagar si se trata de un fenómeno universal.

2 Boltanski (2000) analiza regímenes específicos, entre los que se encuentra el ágape, en el que diferencia este amor devocional y desinteresado de otros tipos de amor, como el erótico.

3 En clave historiográfica, Coontz (2006) investiga cómo el amor conquistó al matrimonio. Sobre cortejo y transformaciones en la pareja y familias en Argentina de mitad del siglo veinte, véase Cosse (2010).

Darío y Joselo: el noviazgo como facilitador

Con Darío nos encontramos el primer martes de noviembre de 2017. Siempre su disponibilidad es por la tarde, cuando sale de dar clases como maestro en una escuela privada laica, *pero que pertenece a una institución que tiene una tradición vinculada al judeo-progresismo laico*⁴, como resume. Con este joven de treinta años nos conocíamos por amigos en común. Fui a su casa a las dos de la tarde. Entre que prepara el mate y nos sentamos en el *living*, en un breve *city tour* me muestra la casa en la que vive hace unos meses con su novio Naza, un psicólogo colombiano de veinticinco.

Darío es súper inquieto: ceba mate, come galletitas y juega con los gatos. Con la velocidad que habla, me pide apurarnos con los datos sociodemográficos para pasar a las historias de amor. Este profesor de educación primaria con un postítulo en educación sexual integral se define como *puto*. Primero, esa categoría le parece divertida. Segundo, por una militancia que trasciende su orientación y deseo hacia otros hombres, tiene un posicionamiento feminista, antipatriarcal, latino y sudaca. Posicionamiento que conocen en su familia, en sus grupos de amistades e incluso en el colegio donde logró, tras un trabajo en compañía de las directoras del colegio, salir del closet con sus estudiantes de séptimo grado. Si bien en su familia lo saben hace tiempo, en esa historia desempeña un papel fundamental Joselo, su primer novicito.

Cuando terminó el colegio, a sus dieciocho años, Darío viajó a Israel — pronunciando suavemente la erre— por un intercambio de siete u ocho meses. Por haber formado parte de un grupo ligado a la educación no formal, accedió a este programa financiado por el ministerio de educación de Israel. Allí formó parte de una colonia de vacaciones de beduinos por dos meses, trabajando como *profe* de recreación en inglés. Vivió unos meses en *kibutz*, en una experiencia comunitaria. Los últimos meses serían de estudio en un instituto de educación no formal.

Si bien el viaje a Israel no fue el motor de su salida del closet, como sostiene sentado en canastita en el sillón mientras me da un mate, fue un punto de inflexión en esta narrativa. Hasta entonces había ingresado algunas veces a páginas de chats en las que exploró conversar con otros varones sin terminar de procesar qué le pasaba. A pesar de que nunca sufrió *bullying* en el colegio por no ser heterosexual, recuerda haber sido el gordito del que se burlaban porque no le gustaba educación física. Como ahora reconoce, siempre sintió incomodidad con la masculinidad hegemónica que representaban algunos compañeros. Más allá de esas incomodidades, hasta el viaje tenía su sexualidad muy latente, sin *estar* ni con minas ni con chabones,

⁴ Reconstruyo los relatos a partir de dicho en las entrevistas en vez de *verbatim*s que dificultan la fluidez del texto. Utilizo cursivas para las palabras textuales.

algo que tampoco *lo estresaba*. Le habría gustado que hubiera otra persona que lo condujera a destrabar algunas situaciones. *Como un facilitador* agregó. *Un iniciador, un padrino, una cosa así*, sonríe. Ese iniciador que no existió podría haber sido un compañero del colegio con quien masturbarse. Pero no, fue un sufrimiento en soledad.

Israel lo enfrentó con nuevas preguntas sobre su sexualidad. Recuerda un boliche en el que había muchos putos y tras sorprenderse, preguntarse qué hacer si un chabón lo encaraba. En el viaje se encontró con gente gay de un modo diferente que no había en su ámbito, su pequeño mundillo de clase media de Paternal. El encuentro y la personificación de las sexualidades diferentes se sumaban a movimientos que sucedían en su familia. Su mamá estaba embarazada y pronta a dar a luz a su tercer hijo, de su segundo matrimonio. Cercano al nacimiento del medio hermano menor de Darío, su abuelo, el padre de la madre, se murió. Estas circunstancias aceleraron el regreso de Darío, que abandonó meses antes el intercambio. Pero el viaje dejaría sus marcas.

“El amor no puede ser estudiado como una dimensión escindida del resto de las condiciones de vida. En tanto se pone en acto en un contexto específico determinado por condiciones sociales, económicas, políticas y culturales, el amor se entrelaza con otros aspectos de la vida.”

Ya en Buenos Aires comenzó a visitar asiduamente páginas de chats, de las que sacaría direcciones de correo electrónico que abultarían sus contactos en MSN. La iniciación que no había tenido por un facilitador la alcanzó por medios virtuales. Se animó a ir a tomar un café con uno de sus contactos a un *shopping*. En esos días, su entonces mejor amiga le contó, también por MSN, que estaba preguntándose si no era bisexual. Con un aliviado *¡Puf!* sintió que alguien le ponía palabras a lo que le pasaba. Le comentó que por esos días tendría una cita con un hombre por primera vez en su vida. Finalmente, se juntó con su amiga para charlar, antes de tener esa cita. Si bien el chico no le había gustado, sintió haber dado un gran paso. Así comenzaría a encontrarse con otros varones.

Tras algún que otro varón más, Darío conoció a Joselo, su primer novio. Este joven de veintiún años, dos años mayor, estudiaba profesorado de primaria y vivía con sus padres a quince

cuadras de su casa. A diferencia de Darío, Joselo había tenido una trayectoria militante en uno de los colegios secundarios de la Universidad de Buenos Aires, donde había formado parte de una agrupación estudiantil de *militancia LGBT*. Luego de chatear un tiempo, Joselo lo invitó a su casa. Sonriendo, Darío recuerda la escena como de película, con una cocina con un pequeño comedor diario con un hueco para el banquito de madera. La invitación consistía en ver una película. Y de pronto fue *como que*, estando ahí, se besaron.

Estos jóvenes que después compartirían profesión, y que mantienen muy buena relación —de hecho, Darío lo entrevistó para su tesis—, tenían situaciones en común, intereses y todo empezó a fluir. Le había gustado que le parecía muy lindo, tierno y sensible. El interés compartido lo volvía más atractivo. Su relación prosperó en el último trimestre de ese año. A diez días de conocerse, en medio de un enamoramiento, Darío sentía que era momento de contarle a su mamá su orientación sexual. Siempre habían tenido una relación muy comunicativa, algo que no quería perder. Tampoco quería seguir mintiéndole u ocultándole adónde iba. Antes, sin embargo, se lo dijo a su hermana de entonces dieciséis años. Un día la llevó a la terraza y se lo comunicó. Su buena recepción fue acompañada de una pregunta que Darío recuerda con una sonrisa: *¿Pero a mí también me puede pasar?*

Darío se sentía envalentonado con la situación: terminó de tomar coraje y le dijo a su mamá y a Mario, su entonces pareja. Entre nervios y ansiedad, contó que era gay y proponía sacarse de encima esa mochila, dándole a entender que ahora eso le pertenecía a su madre. A su madre la tomó por sorpresa, aunque no era inesperado. Desde hacía años rodeaba la pregunta sobre si estaba o no con una chica, además de haberle revisado el historial de la computadora y encontrar rastros de su sexualidad, cosa que él tardó en enterarse. Sin recordar con precisión la conversación, algunas pinceladas aportan tonalidades. La respuesta de Mario fue del estilo *Yo ya lo sabía hace mucho tiempo; quedate tranquilo, está todo bien*. De esa charla recupera que su mamá respondió con amorosidad y con cierto dejo de *culpa judía*.

Sin darle tiempo para que lo procesara, Darío le tiró la situación a su mamá y le comunicó que ese fin de semana se iría con Joselo, su novio, a acampar a San Antonio de Areco. Ese viaje de *noviecitos de dos semanas* tuvo un mal clima: llovió tanto que se inundó el pueblo bonaerense. Su mamá, preocupada por las tormentas, lo llamó por teléfono cuando estaban en medio del *polvo*, el primero de su vida. Como la carpa se inundó, pasaron la noche debajo de una galería. Al día siguiente, volviendo, Darío llamó a su mamá para decirle que estaban regresando y que esa noche Joselo iría a cenar a su casa y se quedaría a dormir. Si bien la cena fue en un mejor clima que el de Areco, Darío fue intransigente con su madre cuando en vez

de nombrar a Joselo como su *novio*, lo llamaba un *amigo*. *No es mi amigo, mamá; es mi novio*, sonríe al contarlo.

En las narrativas sexuales que analiza, Plummer (1995) retoma las principales tramas genéricas en las historias modernas, señaladas por Elsbree, entre las que se encuentra el viaje. En la salida del closet de Darío los viajes fueron centrales, primero a Israel, luego a San Antonio de Areco. Del primero, sobre todo, regresó con una transformación identitaria, un nuevo *yo*, como caracteriza Plummer a las narrativas de *coming out*. Pero eso no hace justicia a lo que sintió para asumirse. Como sentencia este varón cuya tesis consistió en una narrativa de la salida del closet con sus estudiantes, cuando se puso de novio con Joselo necesitaba alguien que no lo ocultara o que no le avergonzara llevarlo de la mano. Para él era más fácil decirle a su mamá *Soy gay, estoy de novio con un chico*, que decirle *Soy gay y punto*. Sentía que la necesidad de contarlo aparecería cuando estuviera de novio y tuviese *algo* que contarle; como sucedió cuando tuvo su primer *noviecito*, Joselo.

Nahuel y una larga y zigzagueante salida del closet

Nos encontramos por primera vez antes de carnaval de 2018. Ese día Nahuel saldría de ese bar, cercano a su trabajo y a su casa, e iría a preparar el equipaje para ir a Mar del Plata, antes de estudiar para los finales. Lo contacté por una ex compañera de trabajo, con quien se conocieron en la facultad de economía de una universidad privada. Si no fuera por su trabajo como asesor parlamentario de su tío, este joven de veinticuatro años habría estudiado en una universidad pública. Pero como se había mudado desde el sur del país a la capital en principio por cuatro años, prefería estudiar en una universidad sin ciclo básico.

Tras un sorbo de café, se define como gay. *Hoy en día todos lo saben* comenta, introduciendo un *coming out* con muchas etapas. Ya en Tucumán, adonde había regresado luego de vivir unos años en Ushuaia con su familia, la primera vez que se supo algo sobre su orientación sexual fue en su sexto grado de un colegio de varones. Se hizo amigo de un chico *súper* afeminado que le comentó que le gustaba otro chico. Su primera respuesta fue *Ah, bueno*, hasta darse cuenta de que también le gustaba. Era hijo del profesor de educación física, hacía taekwondo, le iba bien en el colegio, dibujaba bien, era rubio; como resume Nahuel, *era perfecto*. Luego de blanquearle a su amigo que también le gustaba, como *dos nenas hablaban que les gustaba el chabón*. Para referirse a él idearon un código por un reloj de otro compañero que tenía escrito *El* donde se encendía una lucecita, y apodaron al hijo del profesor de educación física *El reloj*.

Una vez hablando por mensaje de texto con su amigo, su papá agarró su celular, lo revisó y preguntó quién era *El reloj*.

Nahuel negó, dijo que no era nadie, hasta que explicó quién era y que le gustaba. Recibió una oferta para ir a una psicóloga. Empezó el tratamiento y se le pasó. Sonriendo explica que en realidad dejó de gustarle *El reloj*, no había pasado nada mágico. A los años se enteraría —viviendo nuevamente en Ushuaia cuando luego del colegio fue a trabajar en los negocios de sus tíos— que la psicóloga había dicho que iba a ser gay, algo que sus padres nunca le dijeron.

Después, entre séptimo y octavo, Nahuel se había hecho un grupo de amigos de su misma edad, del edificio *tipo monoblocks* donde vivía. Un chico, un año mayor, gustaba de él. Nunca pasó nada con ese chico más que decirse *Hola y chau*, aunque se enviaron mensajes de texto muy románticos, más *heavies*, que decían cosas más fuertes. En unas vacaciones el padre le agarró el celular y leyó esos mensajes. Tras toser, Nahuel cuenta que lo *loco* de la reacción de su *viejo* en ese momento fue mandarlo a la mierda y culparlo porque, desde chico, siempre estuvo bajo la pollera de su madre. Cuando su padre iba a pescar, se llevaba al hermano menor de Nahuel, porque a él no le gustaba ensuciarse. Prefería quedarse con su mamá, cebándole mates mientras cosía, o charlaba con las amigas de ella cuando se juntaban.

Tras esa reacción, el padre lo llevó al medio del monte y le dijo, pidió, ordenó, que hablara: necesitaba saber si alguien le había hecho algo, si le gustaban los viejos, los pendejos, temía que alguien le hiciera algo. *Obviamente también desde la ignorancia*, explica Nahuel. Preguntó si quería que lo ayudara: una ayuda fue hacerle cambiar un CD de Avril Lavigne por uno de Juanes. La otra, que retomara terapia.

Para noveno, Nahuel estaba en otro colegio, el parroquial del que había egresado su mamá y que, a diferencia del anterior, era mixto (iban mujeres y varones). Entonces *creía* que era bisexual, algo que sabían sus amigas del colegio. En primero del polimodal comenzó a salir con una compañera, Marisol. Al mismo tiempo, se veía en la clandestinidad con el novio de su mejor amiga. Que Nahuel tuviera novia calmaba el tema de su sexualidad en su casa.

Llegado el verano de ese año, su mamá y su pareja se fueron de vacaciones. Sin que su padre lo supiera, se hizo un tatuaje. Su papá tampoco sabía que entonces su hijo mayor ya había pisado por primera vez un boliche gay y que además estaba saliendo con un pibe. Pero algo sospechaba.

Tales sospechas se confirmarían luego de que Nahuel fuera con su entonces *algo* a ver un show de danza jazz, donde bailaba un amigo del chico con quien salía. Nahuel aceptó la invitación y, sin dar detalles, le contó a su papá que iría. La novia de su papá preguntó entusiasmada si podía sumarse: eran *cierres re lindos porque estaban todas las disciplinas en un acto*. *Sí, obvio, dale, vení*, respondió Nahuel. Cuando apareció en escena el amigo de su novio, *desparramando purpurina*, la

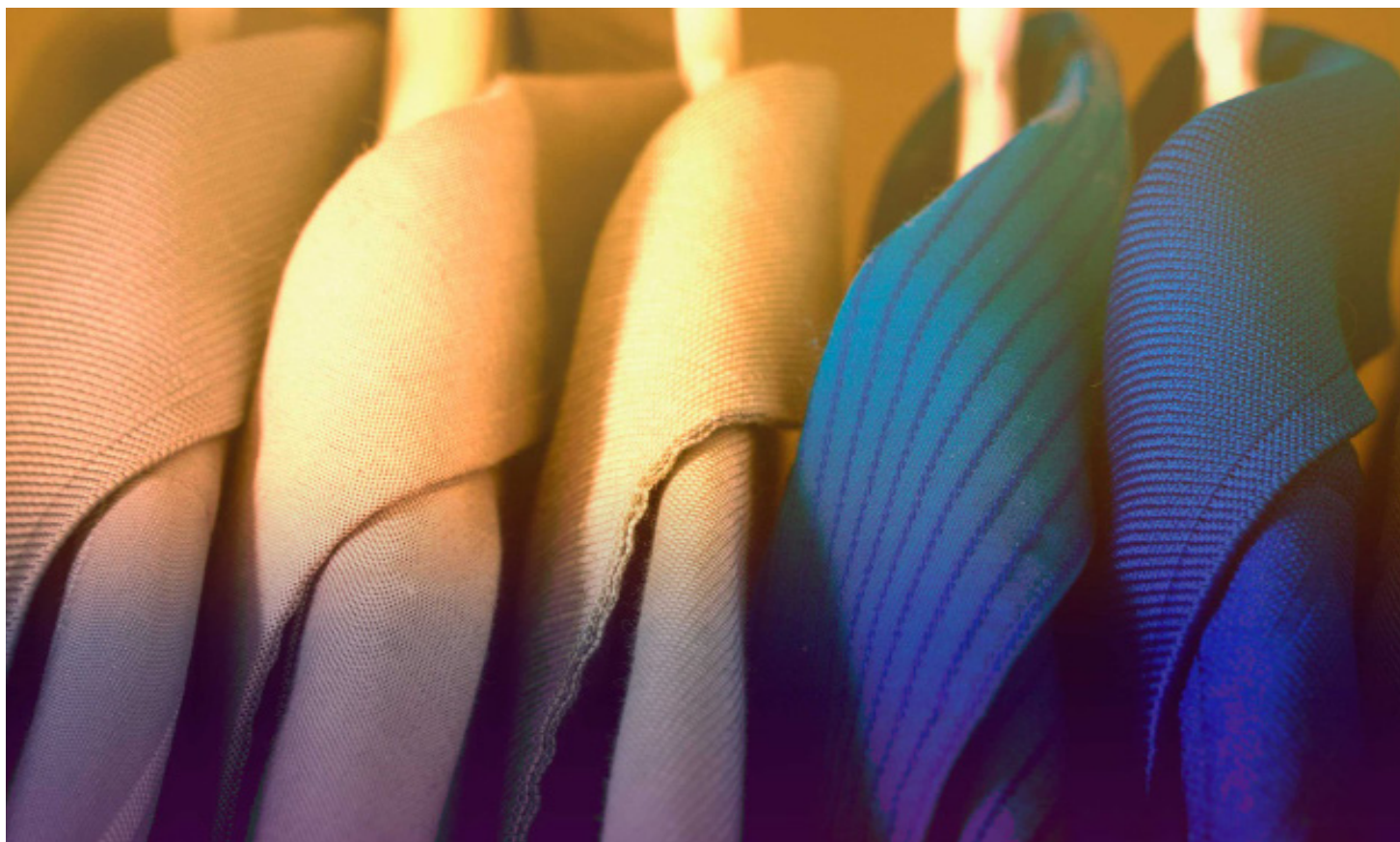
novia del padre no creía que su amigo y el chico que bailaba fueran precisamente amigos, cosa que Nahuel negó. Ella debió contárselo a su papá, que comenzó sus averiguaciones. Se dio cuenta de que el supuesto amigo de Nahuel era gay, ató cabos y *claramente*, Nahuel también era gay. También se enteró que había ido a boliches gays. Reunió a gran parte de la familia para pedir que dijeran todo lo que sabían sobre Nahuel. Una tía comentó que sabía del tatuaje. Tras esa asamblea, en medio del *quilombo*, lo dejaron sin celular.

Pasado un tiempo, Nahuel volvió con su ex novia y eso trajo calma. Con Marisol perdió su virginidad. Al día siguiente, fue a un boliche gay y se chapó a un chabón. Su novia, a la semana siguiente, supo de eso y cortaron. A los días él se enteró que ella le había *metido los cuernos*, entre otros, con el hermano de su mejor amiga. Una semana después, Marisol *cayó* al colegio con un atraso, dejando a todo el curso expectante mientras se hacía un test de embarazo en el baño, que *obviamente* dio negativo. Apenas supo del atraso de su ex novia, por las dudas habló con su mamá y su papá, contándole todo lo que había hecho ella y, *obviamente*, no lo que había hecho él. Su ex novia hizo lo propio, contándole a su mamá sólo lo de Nahuel.

En quinto año, Nahuel se puso de novio con Javier. Su ex novia, Marisol, mientras se ponía de novia con otro chico. A los meses la mamá de Nahuel se reunió con las compañeras de primaria, entre quienes había una profesora del colegio al que asistía Nahuel y también estaba la madre del novio de Marisol. Esta última comentó que su hijo salía con una chica del colegio donde ella daba clases. Al escuchar el nombre de Marisol, la mamá de Nahuel se sumó. La ahora suegra de Marisol preguntó si la conocía y la mamá de Nahuel le contó que había sido novia de su hijo. *Por qué cortaron* preguntó y la respuesta comenzó con que ella le había metido los cuernos, siguiendo por todo lo que había hecho.

De regreso a su casa, la suegra de Marisol le contó a su hijo lo que se había enterado; él se lo contó a Marisol y ella *explotó* con su mamá. Enojada, la mamá de Marisol llamó a la de Nahuel para preguntarle —informarle, recordarle— si sabía por qué habían *cortado* sus hijos. Enseguida respondió *Porque a tu hijo le gustan los hombres*. La mamá de Nahuel lo llamó para ordenarle que fuera inmediatamente a explicar qué pasaba. Nahuel dijo que, si bien era cierto que se había chapado a un chabón, también era cierto todo lo que Marisol había hecho —meterle los cuernos con más de uno.

Interrumpo a Nahuel en su relato de tamaño culebrón para preguntarle si su mamá sabía que le gustaban los chicos. *No lo querían ver, para mí* responde, explicando que cada vez que comenzaba a salir con una chica, se olvidaba todo *eso*. *De todas maneras*, retoma, en ese momento salió a la luz Javier, su primer novio, blanqueándole a sus padres que, aunque le gustaban chicos y chicas, en ese momento salía con Javier, un



joven dos años menor, de una familia de la clase alta tucumana.

Si bien estaba muy enamorado de Javier, lo terminó dejando, casi a fin de ese, su último año de colegio, cuando se enganchó con una chica, Fátima, que conoció en el viaje de egresados. Ni Javier ni Fátima sabían que compartían el novio. La ruptura con Javier fue momentánea. Pero a los días de volver, se enteró que este joven de dieciséis años le había metido los cuernos con su mejor amigo y con un amigo de sus hermanas. Se rompió la imagen *de cristal* que tenía de Javier, de puro, ingenuo y santo. Aunque él también se había portado mal con su novio, no se lo esperaba. Eso aceleró su decisión por irse a Ushuaia a trabajar con su tía y su tío. Mientras tanto, siguieron con Fátima una relación virtual, hasta que se dio cuenta de que no estaba cómodo y estaban en distintos niveles de maduración —él trabajando y manteniéndose solo, ella seguía viviendo con sus padres. Además, el hecho no menor de que Nahuel se dio cuenta de que le gustaban los varones. Ni bien decidió cortarle a Fátima, se lo comunicó a sus padres. La madre respondió que dejara de jugar con ella. El padre fue más directo: *Mirá Nahuel, sos gay; dejate de pelotudear. O sea, ya sabés que con las mujeres no; ya está, sé feliz.*

Tras un largo proceso de intermitencias de salida del y regreso al closet, Nahuel terminó de asumirse *gay*. Como señala Davies (1992) la salida del closet suele darse como un proceso con, como dice Badiou (2012), varios puntos: momentos en que el acontecimiento se estrecha y es necesario volver a jugarse y declarar (p. 52). Badiou lo ejemplifica en

las parejas con el nacimiento de una o un bebé. Los puntos sirven para redireccionar y, como un GPS, recalculan. La salida del closet de Nahuel ilumina ese largo proceso compuesto por muchos puntos, en que su situación amorosa se reactualizaba y marcaba nuevas direcciones de un zigzagueante devenir.

Igor, con el corazón roto por el *crush* de Fede, comienza terapia

Con Igor, bailarín y profesor de danza de veintiséis años, pasaron dos cosas. La primera, que se mostrara tímido e incómodo para pedir algo en los cafés donde hicimos nuestros encuentros, incluso cuando repetiera que lo invitaba. Era la última parte del verano de 2018, y como explicaba, la época del año en la que menos dinero tenía. Como profesor de danzas, cobra por clases que da de marzo a diciembre. En enero se fue vacaciones a Brasil a tomar un curso intensivo de danza, y cuando volvió, usó los ahorros para pagar deudas. Necesitaba, de manera urgente, comenzar a cobrar.

Otra cosa que pasó es que se quebrara en llanto cuando relató su historia con su gran amor, Gabi. Si bien a otros varones, al repasar momentos de sus historias, se les llenaron los ojos de lágrimas, con Igor fue distinto. Lloró *a moco tendido*. Según él, ya estaba acostumbrado a que lo vieran llorar desconsoladamente en bares y cafés. Hasta el día de nuestro segundo encuentro creyó que su historia con Gabi había sido superada. Sugirió que nuestro tercer encuentro

fuera en un bar de San Martín donde por menos dinero pagábamos dos cafés con leche y tres facturas para cada uno. Ese día me contó que desde que habíamos empezado con las entrevistas no estaba tan seguro de si su historia con Gabi estaba superada.

Nuestro primer encuentro fue un sábado de marzo. De lunes a viernes trabajaba dando clases —que retomaría en esos días— y comenzaría a cursar la carrera de danza en una universidad de artes donde tendría, gratis, entrenamiento que necesitaba pero que no podía costear. Ese sábado conversamos sobre mi ex compañera de la facultad que me pasó su teléfono, a quien conocía por una amiga en común, los tres viven en el extremo norte del partido de San Martín. Charlando, enseguida cuenta que con su psicóloga viene tratando tales temas. Cuando pregunto qué lo llevó hace más de cinco años a iniciar terapia, que continúa a pesar de sentirse estancado, comenta que fue su primer *flash* o algo amoroso con un hombre o, como dice luego, un *crush*.

A Fede lo conoció en la escuela de danza. A sus veinte años, Igor obtuvo media beca para hacer la carrera de bailarín. El primer día, cuando comenzaban primer año, hubo una reunión de todos los cursos, por lo que eran muchos estudiantes. De ese montón un chico le llamó mucho la atención. Luego de investigar, averiguó que se llamaba Fede y tenía dos años menos. Ya con el nombre, le solicitó amistad en Facebook, *pero nunca nada*. Además, nadie sabía entonces que era gay, como se autodefine.

Recién a fin de año volvieron a cruzarse en una reunión. Lo saludó y con un chamuyo se lo compró: *Ay, qué lindo que bailás*. Después de ese encuentro, Fede le habló por Facebook y comenzaron a charlar. Por primera vez Igor encontraba que alguien que le gustara se interesara en él. Tras un período de intensa charla, el segundo día de 2012 se encontraron en un shopping del conurbano y se conocieron más. Sentados en una de una cafetería, Fede le acarició la mano y le tembló todo el cuerpo, pues nunca había tenido esa especie de contacto con nadie, menos con un hombre. Capaz sí había chapado con una chica en algún boliche, pero esto era distinto. Era la primera vez, al menos que recuerda, que alguien le dijera *Me gustás*. Fue como *¡Guau!, como un Te amo básicamente, lo cual no es así*, explica hoy, cuando ya pasaron años y otras personas. *Pero en ese momento, no lo sabía*, aclara. Igor *flashó* amor, relación, novios.

Ese verano, Igor se fue de vacaciones y se mantuvieron en contacto con Fede por medios virtuales, *mensajeándose* todo el tiempo. Cuando regresó volvieron a verse, en un shopping en la ciudad porteña, ni se besaron ni nada, sólo charlaron. A los días, Fede le dijo que tenían que hablar. La conversación puede haber sido por el video chat de Facebook, cosa de la que no está del todo seguro Igor. Lo que

sí recordará por siempre fue la frase con la que Fede le cortó. Le dijo *No te veo como pareja*. Para el Igor de veintiséis, que no hubiera pasado nada (ni un beso) pudo haber sido un factor por el que Fede no lo viera lo suficientemente sexual y no le permitiera verlo como pareja.

Comenzó un largo y penoso momento para Igor. *No sabés lo que lloré*, explica. La angustia de esa primera desilusión amorosa la vivió, al menos las primeras semanas, en soledad. Al mes, Igor se juntó a hablar con unas amigas de la escuela de danza, porque veían que estaba mal. Contó que había conocido a alguien y sus amigas le pedían que les dijera quién era. Una, adivinando, preguntó si era Fede. Lo confirmó y el *Ay, pero bueno, ¿qué tanto?* que dijeron sus amigas desdramatizó la situación. Igor, así, se fue abriendo de a poquito con sus amigas de danza, hasta que lo *naturalizó*.

Pero le llevó un tiempo llegar a tomárselo de esa manera. De hecho, gracias a su trabajo en terapia pudo resolver muchas cosas. A la psicóloga llegó por el consejo de su madre, la única de su familia que sabe que es gay. Cuando el intento de salir con Fede no funcionó, a Igor se le rompió el corazón, muy fuerte. Tal es así que se la pasaba llorando todos los días. Si su mamá aparecía en escena, enseguida hacía fuerza para no llorar. Un día, sin embargo, no pudo más. Ella le preguntó qué le pasaba y él dijo que era gay. Jugando con el sorbete del jugo de naranja que finalmente aceptó, rectifica, puede que la pregunta de su madre haya sido si era gay o si su llanto era por un hombre. La respuesta afirmativa de Igor antecede un nuevo y profundo llanto. A su mamá le costó *un poquito* al principio. Puede ser porque su madre habría esperado que su hijo fuera heterosexual y la convirtiera en abuela, cosa que no necesariamente pasaría, reflexiona Igor, tranquilamente podría ser heterosexual y nunca darle nietos.

Su mamá sugirió que empezara terapia, como venía haciendo ella. A Igor le preocupaba el dinero. Ella le contó que había un lugar, *tipo social*, donde era mucho más barato. Allí fue dos años hasta que, por la incompatibilidad con el estudio, no podía ir a la mañana a este lugar *tipo social* y arregló con su psicóloga continuar la terapia en el consultorio particular de ella, en Capital.

Con el tiempo, Igor se dio cuenta de que de todos los varones con quienes se involucró sentimentalmente, del único que estuvo enamorado fue de Gabi. Como argumenta en el tercer encuentro mientras vamos por la segunda factura, pensó, en su momento, que de Fede estuvo enamorado. Pero fue un *crush*, excusándose por tener que usar la palabra inglesa. Continúa: *O sea, no fue un enamoramiento, fue una especie de obsesión y fue como la primera persona que tipo como que...* *crush*. Si bien en su momento la pasó re mal, re mal, hoy, habiendo vivido otras cosas, puede decir que no, que no estuvo enamorado de Fede.

Igor no estuvo de novio con Fede, aunque hubo algo por un tiempo. El dolor que le provocó ese intento de relación lo llevó a contarle a sus amigas y a su mamá que era gay. También empezó terapia, de la que habla bastante en nuestros encuentros, un espacio fundamental donde conversar sus, como los vive, fracasos amorosos. Luego se dio cuenta de que eso con Fede no era amor, sino que era, como canta Romeo Santos, una obsesión.

Conclusiones: amor, *coming out* y recuperación ética de las memorias

El objetivo de este trabajo fue reflexionar sobre la centralidad del amor en las narrativas del *coming out*. Detenerme en estas memorias de salidas del closet en su imbricación con el amor permite rastrear elementos de este complejo proceso de asunción de una identidad sexual que otros trabajos obviaron.

Para lograr este objetivo me centré en tres historias en que el amor ha jugado distintos roles. La primera, de Darío, ejemplifica cómo el estar de novio responde de manera pragmática el desafío de contar a su familia que es gay. Además del valor para hacerlo en ese momento por sentirse pleno, es tajante con cómo contar que se es gay teniendo novio es más fácil que hacerlo en soltería.

La salida del closet de Nahuel es paradigmática de ese largo proceso en el que se van atravesando distintos puntos que, a modo de GPS, sirven para ir recalculando. En un devenir zigzagueante, las reactualizaciones de sus situaciones amorosas lo llevaban cada vez más fuera del closet. Esos vínculos, de noviazgo, haber estado enamorado o simplemente que le haya gustado alguien, dejaron pruebas que sus padres recolectaron.

Igor salió del closet por un fracaso amoroso en una relación que no fue. Cuando Fede, ese crush, le dijo que no lo veía como pareja, le rompió el corazón y no pudo esconder su angustia. Así, sus amigas y su mamá le preguntaron qué le pasaba y terminó contando que un chico le había roto el corazón, dejando en claro que era gay. El amor lo empujó del closet, pero no por su lado feliz sino por el sufrimiento generado.

De este modo se destaca la centralidad del amor en las narrativas del *coming out*, dimensión no muy explorada en los estudios sobre este proceso. Detenerme en esos momentos y en las historias que los enmarca permite entender no sólo los sentidos del amor que van impregnando las prácticas, sino también hacer justicia a un momento importante en las vidas de estas personas. Para eso, entonces, es necesario agudizar el oído y detenerse en historias con finales y devenires diversos, para recuperar éticamente esas memorias de *coming out* ●

Bibliografía

- Badiou, A. (2012). *Elogio del amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Bauman, Z. (2013). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: FCE.
- Bazin, J. (2017). Interpretar o describir. Notas críticas sobre el conocimiento antropológico. En M. Garzón Rogé (Ed.) *Historia pragmática. Una perspectiva sobre la acción, el contexto y las fuentes* (pp. 105-124). Buenos Aires: Prometeo.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2001). *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona: Paidós.
- Boltanski, L. (2000). *El amor y la justicia como competencias*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Coontz, S. (2006). *Historia del matrimonio: cómo el amor conquistó el matrimonio*, Barcelona: Gedisa.
- Cosse, I. (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Davies, P. (1992). The role of disclosure in coming out among gay men. En K. Plummer (Ed.) *Modern homosexualities: fragments of lesbian and gay experience* (pp. 75-83). London: Routledge.
- Esteban, M.L. (2011). *Crítica del pensamiento amoroso*. Barcelona: Bellaterra.
- Esteban, M.L. y Távora, A. (2008). El amor romántico y la subordinación social de las mujeres. Revisiones y propuestas. *Anuario de Psicología*, 39(1), 59-73.
- García Andrade, A. y Sabido Ramos, O. (2014). Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea. En A. García Andrade y O. Sabido Ramos (Coord.), *Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea* (pp. 11-35). México: UAM.
- Giddens, A. (2004). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Illouz, E. (2009). *El consumo de la utopía romántica el amor y las contradicciones del capitalismo*. Madrid/Buenos Aires: Katz.
- Illouz, E. (2012): *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*. Buenos Aires: Katz/Capital Intelectual.

Jónasdóttir, A. (2014). Los estudios acerca del amor: un renovado campo de interés para el conocimiento. En A. García Andrade y O. Sabido Ramos (Coord.), *Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea* (pp. 39-80). México: UAM.

Lindholm, C. (2007). Amor y estructura. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 12: 19-41.

Luhmann, N. (2008). *El amor como pasión. La codificación de la intimidad*. Barcelona: Península.

Pecheny, M. (2008). Introducción. Investigar sobre sujetos sexuales. En M. Pecheny, C. Fígari y D. Jones (Comps.), *Todo sexo es político. Estudios sobre sexualidades en Argentina* (pp. 9-17). Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Plummer, K. (1995). *Telling sexual stories: power, change, and social worlds*. London: Routledge.

Sívori, H. (2004). *Locas, chongos y gays. Sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990*. Buenos Aires: Antropofagia.

Swidler, A. (2001). *Talk of love. How Culture Matters*. Chicago: The University of Chicago Press.